

Crónica 2: En tren hacia Pune (Traducción del original del catalán)

Si ya resulta difícil moverse en un país donde hay tantísima gente, imaginarnos qué trasiego tenemos para subirnos en los transportes públicos con un par de mochilas a la espalda. Nos sentimos incómodos, tenemos la sensación de que ocupamos más espacio del que nos corresponde, tener en cuenta, que por muy lleno que vaya un autobús o un tren, siempre es posible meter a alguien más. Es increíble ver cómo en cuestión de segundos, una gran multitud sube ágilmente al interior de un vagón. Ni el tren ni el autobús, tienen puertas, y mucha gente viaja cogiéndose con una mano a la barra del interior del autobús, y el resto del cuerpo hacia fuera. O aún más impactante, hemos visto trenes en marcha con personas cogidas a la cintura de otras personas, las cuales habían conseguido agarrarse con la mano en algunas de las asas que cuelgan del techo del vagón. Es un privilegio poder gozar de este temerario espectáculo; los más osados, no tienen que esperar a que el tren o el autobús se paren para apearse, pegan un salto, y ya están abajo, o bien cogen carrerilla y otros viajeros les tienden una mano para ayudarlos a subir. Posee un encanto especial ver pasar un tren; los vagones de los trenes locales, son marrones, tienen unas pequeñas ventanas enrejadas a ambos lados, unos asientos de madera muy duros, y unos grasientos ventiladores en el techo. Todo él, se encuentra repleto de gente, los asientos, el pasillo, la plataforma de entre las puertas. Gente que se aguanta con una sola mano dejándose balancear al movimiento oscilante del tren, o quien descansa con el cuerpo agachado sobre sus tobillos, recostando la cabeza sobre sus rodillas, incluso hay quien se esconde a cielo abierto, entre vagón y vagón, apretando con la espalda y las plantas de los pies para conseguir aguantarse en medio. Una ráfaga de telas que volandean y combinaciones de mil colores, delata el vagón de las mujeres, y finalmente, un vagón casi vacío, que según deducimos debe ser el de primera clase.

Dejamos casi todo el equipaje en Achanak Coloni, en casa de Roberto, hemos cogido el ordenador portátil, la cámara, algunos medicamentos, la mosquitera, y ropa interior de recambio; podemos meterlo todo en una sola mochila que pesará poco y nos permitirá movernos con la agilidad que requiere el viajar por este país. Coger un autobús, no es nada sencillo, las paradas tienen nombres populares, pero no están escritos en ninguna parte. Una pila de personas se esperan apoyados en una especie de barrotes rojos, en la parada hay un cartel con tres números escritos en hindú, y en nuestro alfabeto, cuando se acerca uno de estos “bloques de metal rojo”. Se para sólo un instante, justo para ver qué número lleva inscrito y hacerte un hueco entre la multitud para trepar en él, y sin esperar a que todos se hayan afianzado, vuelve a arrancar. Esta parece ser la dinámica habitual, nadie se enfada y los que han quedado en tierra, esperan el siguiente. Por lo que hemos podido observar, se entra por la puerta de atrás y se sale por la del delante, al lado del conductor, los asientos son igualmente metálicos y en ellos caben cuantas más personas puedan sentarse. Ni la presión entre los cuerpos es suficiente para evitar los botes y traqueteos que provocan las intrépidas aceleraciones y súbitas frenadas. Un señor cargado con una pequeña cartera llena de talonarios con tickets de colores, se va acercando a todos los pasajeros que acaban de subir, y agitando la cabeza te insinúa que quiere saber en qué parada piensas bajar. Casi sin mover los labios, murmura un precio, 4 rupias per cápita nos han costado el ir de la calle Mahakali a la estación de Andheri, y con rapidez increíble te devuelve el cambio del billete. No osamos hacer afirmaciones rotundas porque sólo somos unos observadores desorientados en esta realidad, pero hemos comprobado que éste es un comportamiento bastante extendido entre los señores que despachan billetes en los autobuses.

Tomamos asiento en el vagón de los hombres, un billete de Andheri a Churchgate, nos cuesta 8 rupias por cabeza, (unas 32 pts), podemos escoger entre un tren rápido o uno de lento, hemos decidido coger el segundo con la esperanza de que no esté tan lleno. Todas las paradas están escritas en hindú y en inglés en una pequeña pizarra situada encima de la taquilla de los billetes, para guiarnos, comprobamos la dirección de los trenes, los que van a Bolivari, son los que vuelven. En la vía hay una pantalla electrónica con la hora del tren, la “s” de lento, o la “f” de rápido, y la inicial de la última parada. Desde la reja vemos un paisaje urbano bastante desolador, bloques de pisos ennegrecidos, agrietados, desafiando descaradamente a la gravedad, grupos de barracas apretujadas, aguas estancadas y malolientes, gentes de débiles cuerpos hurgando por entre las piedras de las vías del tren... El señor de delante ha sacado un pequeño peine que guardaba en el bolsillo de atrás del pantalón, y con mucho esmero se desenreda sus cabellos hasta quedar bien peinado. Hacemos una ojeada a la gente de nuestro alrededor, va muy bien peinada, la mayoría llevan pantalones y camisa de manga larga, van bien compuestos con su cinturón de brillante hebilla. Buscamos rastros de sudor en la piel o en la ropa de nuestros compañeros de viaje, pero van impecables, no sabemos como justificar nuestra sudoración incontrolada.

Aún no ha anochecido y aprovechamos para echarnos un rato en el Oval Maidan, un parque de hierba que se encuentra en el centro de Colaba. Está lleno de chicos que juegan al cricket, no sabemos si estamos bien situados, tenemos pocas nociones de cricket, pero nos han llegado tres pelotas a gran velocidad, nos hace reír el mero hecho de pensar que nos hemos instalado justo delante de su zona de lanzamiento. Se nos ha acercado un grupo de jugadores, para preguntarnos de dónde somos, hemos puesto en estado de alerta todos nuestros conocimientos de inglés, el lenguaje corporal y el sentido común, y conseguimos entablar conversación. Nos han enseñado las palas de cricket y nos han pedido si les podíamos hacer unas cuantas fotos del equipo, han querido que les firmásemos las palas a sabiendas de que no entendemos absolutamente nada de este juego, se llaman los “sunrise team” y se reúnen cada domingo por la tarde para jugar un partido. Nos han invitado a probar el extracto de la caña de azúcar y ya nos querían acompañar a cualquier parte para que no nos extraviásemos, es un sentimiento extraño sentirse tan alabado, tan escuchado, tan atendido, recibir tanta amabilidad desinteresada, desconcierta.

Quizá sea ésta la magia de la India, la ingenuidad de las personas, su plácida mirada, su talante curioso, servicial y amistoso.

No podíamos marchar de Colaba sin gozar de una experiencia cinematográfica, habíamos leído tantas cosas sobre el Bollywood de la India que teníamos curiosidad por ver una película hindú. Tomamos asiento en el gallinero del cine Eros, un lujoso edificio colonial, e intentamos entender una especie de culebrón romántico, semimusical, al más puro estilo occidental. Los precios del cine, no son nada populares, 80 rupias por persona, la mayoría de espectadores era gente joven que iban vestidos con tejanos y teléfono móvil.

Al salir de aquel reducto ficticio de ocio, te encuentras con la parte más cruda de Mumbai, familias enteras durmiendo en los laterales de la carretera, cuerpos enroscados a escasos palmos del tráfico, cubiertos con pocas ropas, ratas del tamaño de conejos merodeando por las calles desafiando la presencia humana.

Hicimos noche en un edificio bastante destartado, tenían habitaciones para alquilar en la última planta, llegamos tarde del cine, y parecía que toda la escalera estuviera ya dormida. En cada rellano había gente durmiendo en el suelo, subimos sin hacer ruido, por poco pisamos al señor mayor que nos había recibido y se encargaba de enseñar las habitaciones y servir los desayunos, él también dormía en el suelo, delante de la puerta

de entrada del hostel; no acabamos de entender esta clase de jerarquías que juegan con la dignidad humana.

El tren Hacia Pune, sale a las dos y media de la tarde y parece que finalmente tenemos billetes, creíamos que era necesario hacer una reserva, pero seguramente lo entendimos mal, y los hemos comprado directamente. Victoria Terminal, es una inmensa estación, espectacular, con decenas de ventanillas de venta de billetes, puestos de comida, revistas, chicos ataviados con una camisa roja que arrastran paquetes arriba i abajo, familias sentadas en el suelo esperando la salida de su tren.

Muchas personas piden limosna, abuelas sentadas y encogidas alargando la mano a través de las ropas que las cubren, hombres mutilados, niños y niñas de corta edad que corren descalzos con los cabellos enmarañados, la piel reseca y los ojos lagrimosos; piensas fríamente que dándoles unas rupias no los ayudarás a salir de la situación en que están, pero luego meditas y crees que son mejor unas rupias que nada, pero no puedes ayudar a todo el mundo, y si es por apagar conciencias, te encuentras mal tanto si das dinero como si no lo das. Hemos decidido que compartiremos los alimentos que llevamos encima, normalmente compramos frutos secos, plátanos y galletas que solemos comernos para cenar y desayunar. Pero hoy, y pese a nuestras buenas intenciones, hemos provocado una riña entre dos chiquillos, estábamos de pie, comiendo arroz antes de marchar, y los dos, bastante esnifados de cola, nos han pedido dinero, les hemos dado el arroz y han empezado a pelearse de tal manera que se nos ha encogido el estómago.

Viajaremos en el “1009 del Sinhagai exprés”, y hemos de buscar en la vía 12, un vagón que lleve escrito CS-3.

Antes de arrancar, han pasado un par de chicos con un cubo lleno de bloques de hielo vendiendo botellas de agua, y un señor con un termo y unos vasos de plástico, vendiendo café. Es impresionante ir montado en un tren tan largo, no paramos de cruzarnos con otros trenes que llegan a Mumbai, poco a poco el vagón va adquiriendo vida y se va llenando de familias que suben en cada parada.

Una vez el tren en marcha, han salido vendedores de todas partes, un chico con un cubo lleno de comida troceada, parece tomate, cebolla y otras verduras, todo cortado y apilado dentro del cubo, pero sin mezclar, coge un puñado de cada, y lo coloca en un pequeño cartón, rociándolo con una salsa, lo remueve un poco y lo sirve por cuatro rupias. Vendedores de juguetes, de revistas y cuentos infantiles, es increíble el bullicio que hay en el interior del tren. Cada vez que nos paramos, suben nuevos vendedores, chicas que venden fruta, niños pequeños vendiendo frutos secos, por las ventanas, nos ofrecen bocadillos... . Estamos sentados con una familia joven que tiene un niño, un chico que viaja solo, y una señora mayor que va con su yerno, la hija y el nieto.

Hacía rato que nos intercambiábamos miradas y sonrisas, nos han ofrecido cacahuetes y una especie de cebolla rebozada; la gente en los vagones, consume desmesuradamente, se compra cualquier cosa a cada nuevo vendedor que sube al tren, y esto es constante. Pasan niños pidiendo dinero, otros se ofrecen para lustrar los zapatos, y unos eunucos, tocan la cabeza de la gente por dos rupias, ya que se cree trae buena suerte.

Se han interesado por nuestra guía de viaje, y hemos mantenido una conversación muy interesante con el yerno de la señora mayor que teníamos al lado. Nos ha explicado que al lado de las estaciones de trenes, hay las populares lodges, que son una especie de locales donde se alquilan habitaciones a bajo precio, nos ha recomendado una ruta para visitar el sur de la India, y nos ha explicado orgulloso, la bondad de la gente de su país. Su padre ha trabajado toda la vida para poderle ofrecer una tienda de electricidad, y ahora le toca a él trabajar muy duro para ocuparse de sus padres y ofrecer bienestar a su

hijo. Nos ha contado que la gente de nuestra edad en la India, no puede permitirse el lujo de viajar, ni de vivir solos con la pareja, que tienen una responsabilidad muy fuerte para con su familia. Cuando una pareja se casa, van a vivir a casa del chico, y normalmente una familia está compuesta por muchos miembros, hermanos, tíos, abuelos, padres, y los jóvenes trabajan para mantener a toda la familia, a parte de conseguir estudios para sus hijos. Nos ha comentado que su hijo nació de ocho meses y que todos sus amigos reunieron dinero para pudiera ingresar en una clínica muy buena, y nunca los ha tenido que devolver, que siempre ayudan a todo el mundo y que la gente en la India, es realmente luchadora y trabajadora. Por la ventana, contemplamos cómo se suceden pueblos y pueblos, cómo atravesamos las montañas de Ghats Occidentales, y unos valles vertiginosos y frondosos, un grupo de monos salvajes, están sentados al lado de la vía mirando como pasa el tren.

Llegamos a Pune cuando ya había oscurecido, eso es lo de menos, ahora ya tenemos buena maña en buscar habitaciones por pocas rupias. Hemos comprado unos cuantos plátanos y cinco rupias de cacahuetes que serán la cena de hoy y el desayuno de mañana.

Estamos en Connaught road, uno de los barrios más comerciales de Pune, poco a poco ya nos hemos ido situando, hemos descubierto un puesto en el que exprimen frutas por 10 rupias, ya somos clientes habituales, hemos probado el jugo de manzana, de limones dulces y de piña. Vamos a comprar agua en un pequeño “badulaque” que está repleto de arriba abajo de paquetes y productos para vender, delicadamente amontonados. Debes entrar casi de lado y te despacha un señor que queda graciosamente encajonado detrás de tantos alimentos. Hacen un té buenísimo, localizamos un recinto sólo frecuentado por hombres, lleno de bancos colocados alrededor de un gran cilindro metálico que hierve el té con el azúcar y la leche, por tres rupias, tomamos el mejor té del mundo. Andamos un rato para observar la ciudad, y de pronto, sólo con pararnos un momento para decidir si continuábamos andando o cogíamos un rickshaw, ha saltado un chico de un autobús, y nos ha preguntado hacia dónde queríamos ir. Le hemos dicho que nos haría ilusión llegar al centro de Pune, él y sus amigos, también iban, y ya nos tienes a todos subidos en el autobús, ha pagado los tickets y nos ha llevado a su casa a conocer a sus padres. Se llama Milind y está estudiando el decimoquinto curso, tenemos pendiente entender cómo funciona el sistema educativo del país. Vive en el edificio más alto de la ciudad, y subimos hasta la azotea para divisar el paisaje. Los niños y niñas del bloque, nos persiguen por las escaleras y se ríen de nosotros, sus padres nos han enseñado todo el piso. Milind nos ha regalado un mapa de la ciudad, más detallado que el que teníamos.

Siguiendo los consejos de Milind, visitamos el Koregan park, bajo el río Mula Mutha, un extraño recinto lleno de neohippies occidentales. Más tarde descubrimos que era la famosa Osho commune international, fundada por Bhagwan Rajneesh, creador de un estilo de vida que mezcla el budismo, el yoga, la hipnosis, las discotecas, la libertad sexual, y el materialismo compulsivo. Pero sin ánimo de catalogar nada y con un grado elevado de ignorancia por nuestra parte, os hacemos saber que ésta es una de las muchas versiones que circulan.

Pasamos la última tarde en Pune tumbados a la sombra de las majestuosas cuevas de Pataleshwar, todo el estado de Maharashtra, está lleno de cuevas y templos excavados en la roca. Observamos pacientemente cómo un goteo de personas entraban en el templo ha rezar, primero se descalzaban, hacían sonar una campana y ponían la cabeza y las manos sobre una imagen, después entraban en un pequeño recinto lleno de velas e incienso, donde veneraban a un Shivalingam. Salían despacio y de espaldas, y continuaban el recorrido alrededor de las cuevas, tocando las imágenes de Lakshmi,

Ganesh y Rama. El silencio, la oscuridad, el incienso y la delicadeza con que estas personas llevaban a cabo este ritual, te hacía entrar en un estado de encantamiento. Si todo va bien, la próxima parada será en Mahabaleshwar, un pueblecito de montaña que se encuentra a unas tres horas de autocar desde Pune.

El reportaje: El tránsito y la contaminación

Si bien es difícil para cualquier novel entender determinados aspectos de la India, parece que poco a poco, y sin preocuparnos demasiado, le vamos cogiendo el aire. De momento hay muchas cosas que nos resultan chocantes, y una de ellas es el tránsito y la contaminación que genera. Como ya os iremos contando, son incontables los vehículos que se utilizan como medio de transporte en este país, y por más que nos esforzamos, no acabamos de comprender cómo funciona la normativa de circulación. De hecho, empezamos a sospechar que más que una normativa, habría que hablar de norma, la única norma que parece regir en el tránsito, es el “sálvese quien pueda”. El mayor, es el que tiene preferencia sobre los demás, incluidos los viandantes, hemos estado a punto de ser atropellados en varias ocasiones, sobretodo al principio, pero ahora ya nos lanzamos más decididos y en unas semanas esperamos haber adquirido mejores reflejos. Cuando vas montado en un rickshaw, sorteando todo lo que se mueve, cogiendo cada vez mayor velocidad, notas como que toda la carcasa se tambalea, los movimientos inestables te empujan contra el asiento y los bruscos golpes de volante, te ponen la carne de gallina. Te ves envuelto de autocares y coches que te pasan rozando, y aprietas los puños para el señor conductor haga caso de los bocinazos y se aparte a tiempo, temes que en cualquier momento, nos investirán por la retaguardia. Resulta curioso pero parece que todos los vehículos hacen sonar la bocina al unísono, y es que tocándola, advierten a los demás que estás al lado o detrás, y que vayan con cuidado a la hora de girar, ir derecho o frenar, y que tengan por seguro que si puedes, los adelantarás. De todas formas, hay que decir que no hemos visto ningún accidente y no parece que haya muchos, es como si existiera una especie de coordinación natural, misteriosamente todo el mundo hace su camino y no se colapsa nunca nada. Es un tema verdaderamente apasionante.

Quizá aprendamos a convivir con el tránsito, pero tenemos graves problemas para aceptar la contaminación que se produce. No os podéis imaginar la cantidad de toxinas que flotan en el ambiente, gases, vapores, humos, dióxido de carbono que irrita brutalmente nuestro aparato respiratorio. En estos momentos tenemos una congestión de nariz y garganta, digna de los más crudos inviernos ripolleses. Tener en cuenta que en Mumbai hay más de un millón de rickhaws, y en Pune donde ahora estamos, la proporción es parecida. El rickhaws es un artilugio parecido a una vespa tapada y con tres ruedas, donde pueden subir hasta tres personas. Es un vehículo muy curioso y bien pensado como transporte público urbano, pero con estas cantidades, ya os podéis imaginar. Si a todo ello sumamos los taxis, coches particulares, motos, autocares, camiones, y aparatos varios a motor, que seguramente no pasan ningún control ambiental, tenemos como resultado una olla a presión donde personas y gases vamos haciendo “chup chup”. Resulta de veras impactante, incluso con nuestro afán de mantenernos prudentemente objetivos, hay evidencias que se escapan a cualquier entendimiento, y es que hay momentos en que tenemos la sensación de estar dentro de un vertedero urbano gigante.

Consejos y curiosidades

Viajar en tren por la India, es una experiencia excepcional, dicen que es uno de los orgullos nacionales, y de verdad pueden presumir de ello, ya que su red ferroviaria, funciona a la perfección, hay que vivir el ambiente de lavadero y mercadillo que se respira en los pasillos del tren.

Los hindúes, para asentir con la cabeza, hacen servir un movimiento muy peculiar, balancean la cabeza de un lado al otro como queriendo decir: “ui, ui, ui, no sé, no sé”... .
¡Aun no nos hemos acostumbrado, y nos sorprende cuando esperamos un sí por respuesta, parece que nos riñen!

Olga & Fraz